

Las falsas famas

A la atmósfera gaseosa que siempre nos ha rodeado, debemos añadirle ahora la 'famósfera'

Harry Castro Stanziola

A punta de certeros golpes que constantemente nos propinan los representantes informáticos de las nuevas tecnologías audiovisuales, pronto olfato y tacto sensibles, el nuevo firmamento creado se ha visto copado de recientes seres famosos y multimillonarios que, como a nuevos astros o planetas, les debemos rendir constante reconocimiento, admiración, devoción y reverencia.

Todo nació en la soleada California y más específicamente en esa inmensa fábrica de compartidos sueños que se conoce como Hollywood.

Hábiles publicistas, creadores de imágenes, expertos en relaciones públicas y demás hierbas aromáticas se dieron desde entonces a la tarea de elaborar la estructuración de personajes famosos a los que colocarían en la cúspide del prestigio mundial.

La celebridad fue convirtiéndose en un producto industrial y la poca azulosa sangre de la llamada aristocracia estadounidense empezó a revolverse con la de unos advenedizos, que antes, nadie volteaba a mirar.

Se inventaban y moldeaban famas a la medida, para poderlos comprar y vender, explotándolos dolorosamente después.

Luego, no solo fueron los periódicos y el cine los encargados de tan jugosa elaboración. Y era que había llegado la televisión que, como buen electrodoméstico que es, se asentó cómodamente sirviendo de propagador en la intimidad de casi todos los hogares.

Fue así como comenzaron a aparecer los James Dean – joven desconocido del sur – quien con un buen perfil, unas caderas fáciles de mover, la guitarra y su voz, acaparó todo lo que había que acaparar.

Fueron épocas en que jóvenes adolescentes empezaron a manifestar su rebeldía y oposición ante las ideas vetustas y atrasadas de los viejos caducos y mandados a retirar. Además, los mencionados jóvenes tenían dinero para gastar.

Gruñidos en vez de cantos, maldiciones, palabras no muy benditas, vestimentas o ausencia de ellas, sacadas de lengua, cambios totales en el físico de actores y cantantes, todo se permitió. Y hasta dosis de substancias enervantes hicieron su pública aparición.

Divorcios, escándalos verídicos o inventados, e intimidades que no son para conocerse, alimentaron la fama y la popularidad con su ingrediente de plata en gran cantidad.

Los deportistas siguieron. Futbolistas y basquetbolistas han sido los más agraciados. Son los que se acercan más a las cámaras cuando están en función. Ciclistas, esquiadores, surfistas aparecen en la distancia y no son fáciles de proyectar. Tienen que contentarse con llevar camisetas y pantalones saturados de marcas que también pagan muy bien.

“La fama vende y con fama se vende”. El que solo tenga conocimientos y habilidad y no se percate de ello, bien podrá retirarse pronto. El que fume tal clase de cigarrillos será sereno, calmado y varonil. Una gaseosa es la “chispa de la vida”, y otro producto anuncia la fuente de la eterna juventud.

Como el mercado propagandístico necesita carne fresca, ya en los grandes países hay fiscales y abogados que han sido lanzados a la famósfera, mientras los notarios esperan el turno que les habrá de tocar.

Quienes no tendrán la más mínima oportunidad son los profesores de las aburridas matemáticas, los especialistas, por ejemplo, en enfermedades de la piel o los honestos y cumplidos funcionarios que durante más de 30 años cumplieron con sus deberes a cabalidad.

“El que tiene vergüenza, no almuerza”, es algo que



no se debe olvidar.

Las religiones también han sido captadas. Hay pastores de ciertas sectas que ya pasaron a la inmortalidad y con la bolsa bien repleta. Existen infinidad de personajes que han dejado su actividad original para fundar empresas que lanzan criaturas a la celebridad.

Se han publicado muchos libros sobre este tema, entre ellos **Lo que no te enseñan en la escuela de economía de Harvard**, y su autor tiene entradas superiores a los 400 millones de dólares con su empresa creadora de famosos.

Sin embargo no todo es felicidad. Ya existe el mal del famoso, capaz de acabar con lo que antes creó. De allí que Umberto Eco señaló: “Una excesiva exposición a los dorados rayos del sol propagandístico, puede quemar las posibilidades de hacerse un futuro seguro”. El espacio se nos acabó.

El autor es médico

Moscoso: ¿mi presidenta?

Rogelio Pretto

Hace unos días recibí un e-mail que me puso a pensar. A raíz del reciente tropiezo imperdonable de la presidenta Moscoso en sancionar una nueva ley mordaza más siniestra que las ya existentes, me dice la persona en su nota electrónica lo siguiente: “ahí está tu presidenta, pues. Mira lo que viene a hacer ahora; ¡y tú que creías tanto en ella!”

Lo que realmente me llevó a la profunda reflexión del mensaje recibido fue el “ahí está tu presidenta”; particularmente el “tú” de la frase “regañona”, como si durante los comicios pasados yo hubiera calificado a la presidenta Moscoso como digna de virtudes extraordinarias. No hice tal cosa, aunque públicamente anuncié mi voto por su coalición.

Realmente no me extraña que el gobierno de Moscoso esté llevando a cabo barbaridades y brutalidades; incluso me lo esperaba. Nunca he tenido ilusiones de que su tropa política viniera colmada de dignidad, ideales o auténtica honradez; ni de que se destacaría por acciones trascendentales que enalteceran la patria. Claro que en lo personal – como muchos de los votantes independientes que nos decidimos por ella –, hubiese querido lo contrario: que su elección trajera un nuevo y refrescante aliento de limpieza, pero realmente no lo esperaba.

Esto ya lo dije públicamente antes, pero es obvio que la persona del e-mail no lo supo. Pareciera insinuar que mi voto por Moscoso fue una manifestación de fe, en el sentido de que con ella vendría un nuevo y limpio estado de gobernabilidad en Panamá.

Todo lo contrario. Conozco bien a los que estaban con ella y sabía entonces que si ganaba las elecciones, por ahí vendrían los resbalones jurídicos y fiscales de su gobierno, que de seguro causarían la corrupción de sus allegados. También advertí en otro escrito que Moscoso y Cía. no resistirían el calor resultante del debate público, cuando la crítica a su gestión de gobierno se tornara seria e incisiva y tomara cara de pelea callejera. A los corruptos y malintencionados en el poder les resulta difícil tolerar el foro abierto y libre de la argumentación política, pues son desemascarados por los medios de comunicación que a menudo necesitan de soplonos en el Gobierno que se atrevan (para nuestra suerte) a hurtar las pruebas escondidas de las trampas que arman los de arriba.

Lo mismo pasó con los gobernantes anteriores. Por eso se preservan las leyes mordaza, pues ellas y la corrupción van de la mano. No debe extrañarnos que desde un principio, los asociados de Moscoso no tuvieran intención alguna de acabar con las leyes que restringen la libre expresión. No

vayamos a creer que los arnullistas son la virtud envuelta en papel celofán. Así como los perredistas – en cuanto a la corrupción oficial –, muchos arnullistas de importancia son cortados con la misma tijera.

Los que me conocen de verdad saben que Moscoso no es mi presidenta en el sentido referido por el mensaje electrónico. Abogué por su elección, sí; pero solo porque la consideré el menor de los males. No abrigaba yo ilusión alguna de que traería al país reformas serias que asegurarían la honradez oficial. Así lo hice ver en mi escrito publicado en Opinión del 8 de febrero de 1999 intitulado “Papa Egoró: un ideal al traste y ahora la opción realista”. Allí manifesté lo siguiente: “...la coalición de Moscoso no es la solución ideal, pero podremos, al menos, controlarle los abusos de poder que puede que manifieste. Es obvio que viene infiltrada de politiqueros dispuestos a aprovecharse del botín, pero el grado de sus malas intenciones no será incapacitante, ni mortal. Hay posibilidad de aplicarles frenos considerables...exigiéndoles responsabilidad, criticando, exponiendo sus abusos; y si mejoramos nuestro sistema de derecho, lo haremos enjuiciándolos y mandándolos a la cárcel”.

Paso a paso se construye la patria; ladrillo por ladrillo. Para las siguientes elecciones habremos labrado un mejor camino para contar con mejores alternativas. Tal vez para entonces, personas íntegras de carácter como Bobby Eisenmann, así como otros y otras como él, sentirán que su tiempo ha llegado para liderarnos hacia una existencia nacional limpia y digna.

Aclaro pues nuevamente: Moscoso no es mi presidenta; es la presidente de turno que, tal vez, nos confirmará con sus desaciertos – como la sanción de esta nueva ley mordaza –, que somos nosotros los votantes independientes – los que le debemos lealtad únicamente a nuestros principios y a los valores democráticos auténticos y no a partidos ni a sus figuritas políticas –, a quienes nos toca ejercer el verdadero poder del cambio.

Invitemos con el potencial de nuestros números el nacimiento de una corriente política totalmente nueva – así como en México –, cuya fortaleza sea el deseo medular de hacerle bien a la patria. Con una alternativa digna en las próximas elecciones, no serán ni los arnullistas ni los perredistas (ni los partidos falderos que se les peguen), los que venzan en las urnas. Aseguráramos con ello que un nuevo orden de honestidad y pulcritud civil asuma el mando de nuestra pequeña y hermosa República. Así, la Presidencia – y no la persona que la ocupará – será mía y de todos nosotros de verdad.

El autor es pintor

Nunca me hice grandes ilusiones con la llegada al poder de la presidenta Mireya MOSCOSO

demosgracia

